

BÉSAME Y VENDE CONMIGO

Olivia Ardey



Álvaro, Celia y Nico, tres amigos que lo compartieron todo de niños, se reúnen en el funeral de un pariente millonario que, ¡oh, sorpresa!, les ha dejado en herencia su bodega centenaria y sus ricos viñedos. Sin embargo, el testamento contiene una trampa, heredará la fortuna aquel de los tres que primero se case. ¿Quién logrará hacerse con la herencia? Un loco viaje a Las Vegas en busca de una boda a la carrera, secretos, recuerdos del primer amor entre Celia y Álvaro, malentendidos y el hallazgo de un tesoro arqueológico inesperado que hará que cada uno de los protagonistas acabe encontrando lo que más desea... aunque ni ellos mismos lo sepan.

*A Pilar Carbonell, bodeguera de tradición y corazón,
por mantener viva la cultura del vino.*

Prólogo

La noticia

—¿Heredera?

Celia salió del aula con el teléfono pegado a la oreja. Sus alumnos, veinticinco adolescentes con las hormonas enloquecidas, aprovecharon la ausencia para hacer de las suyas. Desde el pasillo, los oyó gritar y lanzarse bolígrafos. Pero ella estaba tan atónita que no...

Su madre, desde Cartagena, le contaba los rumores que corrían por Tarabán, el pueblo de Teruel del que provenía la familia. Sí, una pena. Su padrino había muerto. Pero de eso hacía semanas. Un tío lejano, solitario y huraño al que incluso los parientes llamaban don José María con respeto y prevención. Lo habían incinerado hacía ya un mes, pero el difunto había dejado instrucciones para que se celebrase un funeral excéntrico a más no poder. Seguro que salían hasta en *El Herald de Aragón*.

No. Ella no había recibido aún la notificación notarial. Se despidió de su madre pensando en ello. ¡Pero si el padrino ni le hablaba! Ni a ella ni al resto de la familia. De requerirla el notario, tendría que acudir por fuerza al funeral para aprovechar el viaje. No podía andar yendo y viniendo de Madrid a Teruel.

El escándalo en el aula creció justo cuando pasaba la jefa de estudio, que le lanzó una mirada mortífera. No se podía dejar a los alumnos solos, y menos para llamadas de teléfono en horas lectivas.

Odiaba enseñar dibujo técnico en ese colegio privado. Era desesperante tratar de meter a la fuerza conceptos tan abstractos como alzado y perspectiva en aquellas cabezas. Susana, su hermana pequeña, era la hija brillante. Celia

siempre había sido la soñadora. La que estudió Bellas Artes para disgusto de la familia. Porque Arte sonaba a artista, y artista sonaba a miseria. Sus padres, que en sus peores pesadillas la veían pintando *Las meninas* con tiza en las aceras a cambio de unas monedas, respiraron aliviados al saber que tenía un empleo serio, como su hermana. Las niñas colocadas; una profesora y otra enfermera, como tenía que ser.

Pero Celia no era feliz. Sentía pasión por el dibujo artístico y soñaba con dedicarse profesionalmente a la ilustración, tarea en la que ocupaba todas sus horas libres. Pero necesitaba más tiempo para emplearse de lleno. Los años galopaban, y ella ya tenía treinta y tres. Si los rumores eran ciertos, esa herencia le daría la posibilidad de intentarlo.

Una pelotilla de papel voló hasta el pasillo. Celia entró en el aula con cara de pocos amigos. Su condena era enseñar a aquellas criaturas hostiles. El curso estaba a punto de acabar. Vislumbró en su futuro cercano una pila de exámenes finales para corregir.

Un gracioso se tiró un pedo, y toda la clase aulló de risa. Celia cruzó los dedos con todas sus esperanzas puestas en el testamento del padrino. Con un poco de suerte, pronto escaparía del infierno a velocidad de Ferrari.

CAPÍTULO 1

El testamento

El funeral estaba a punto de empezar, si podía llamársele así.

Don José María, hombre raro y solitario, no tuvo en vida amistades dignas de mención. Pero esa mañana el pueblo de Tarabán al completo, buena parte de la comarca, curiosos y aficionados a eventos mortuorios se habían congregado en la finca para presenciar el extraño sepelio. Porque la última voluntad del finado fue marcharse de este mundo haciendo ruido y dando que hablar.

Celia Vega aguardaba con su hermana en la explanada junto a la Casa Grande, un edificio señorial que, a pesar del paso de los años, conservaba su imagen imponente con su torreón y su fachada emparrada de buganvillas. Los padres de ambas y el abuelo Cele aguantaban también de plantón unos pasos por delante de ellas dos. Celia vio acercarse por el camino que cruzaba entre los viñedos un Mercedes color azul noche, que conocía muy bien. Álvaro iba al volante. Ella observó cómo aparcaba el último en la fila india de vehículos de los familiares lejanos del difunto que habían acudido a Tarabán más por compromiso que por otra cosa.

A Susana no le pasó por alto que su hermana no quitaba ojo a los recién llegados que en ese momento se apeaban del Mercedes. La tomó del brazo y se inclinó hacia ella bajando la voz.

—Conozco esa mirada.

Celia no dijo nada. Se limitó a contemplar cómo Álvaro abría la puerta del coche y ayudaba a bajar a su madre.

—Sigue afectándote —insistió Susana.

—Sí, me afecta. ¿Para qué voy a negarlo? —reconoció—. Dicen que el tiempo todo lo cura, pero...

—Ay, Celia —se compadeció Susana dándole un cariñoso apretón en el brazo. Ella le cubrió los dedos con los suyos, agradecida.

—A veces me pregunto con cuántas tías se lo habrá montado durante estos años —sugirió sin dejar de mirar a Álvaro, que en ese momento apremiada con la mano a Nicolás, amigo de ellas también, para que dejase de hablar por teléfono.

Se refería a los seis últimos, el tiempo que había transcurrido desde que «se dieron un tiempo», eufemismo que suele utilizarse cuando en realidad se quiere decir «esto se acaba aquí y hoy».

—Ese es un pensamiento un poco egoísta, ¿no te parece? —le reprochó.

—Y aunque las hubiese contado, nunca me lo diría.

—No tiene por qué, ¿o acaso le harías tú a él un resumen detallado de tu vida sentimental?

—Hay muy poco que contar —murmuró, pensativa.

—Porque después de él solo has tenido lo que una amiga mía llama «historias de amar y olvidar».

—El amor no tiene nada que ver con eso —rebatía.

Susana estaba en lo cierto. Pocas muescas tenía en su revólver, aventuras más o menos eróticas pero en absoluto sentimentales. Hombres que habían pasado por la vida de Celia de largo, sin dejar recuerdos dignos de conservar. Porque cuando cualquiera de ellos la abrazaba y ella cerraba los ojos, siempre era el rostro de Álvaro el que veía. A veces se revelaba, furiosa, contra esa imagen permanente que siempre la asaltaba a traición. Pero era un secreto íntimo que nunca confesaría en voz alta.

—Álvaro es muy selectivo, Celia —alegó Susana para disipar aquellos celos teóricos y absurdos—. Tú lo sabes mejor que yo.

—No es cosa mía con quién va o con quién deja de ir — afirmó muy seria.

Susana le tocó suavemente la mejilla para reclamar su atención y que la mirase a los ojos.

—Eso no te lo crees ni tú.

Rindiéndose a la evidencia, Celia esbozó una sonrisa de disculpa.

—Pero ha sonado convincente, ¿a que sí?

—La abuela Pilar decía que una mujer puede tener muchos amoríos, pero que amor verdadero solo hay uno.

—¿Amoríos... la abuela? —cuestionó alzando las cejas.

La mera asociación de aquella palabra con la imagen de su querida abuelita, con el pelo blanco ondulado, las gafas de hacer ganchillo y su eterna sonrisa bondadosa, les provocó una risa tonta absolutamente inadecuada en un funeral. Su padre debió de oírlas, porque giró la cabeza y les echó una mirada severa por encima del hombro. Ambas se llevaron la mano a la boca para disimular.

Celia respiró hondo, adoptó un aire formal, y de manera inconsciente buscó a Álvaro con la mirada.

—¿Por qué no os dais otra oportunidad? —la animó Susana, con tono de confianza—. No importa quién dé el primer paso.

—No se trata de orgullo.

—¿A qué esperas, pues?

—Álvaro y yo siempre seremos amigos, y eso no hay quien lo rompa —zanjó—. A veces es mejor dejar las cosas tal como están.

Existían motivos que le impedían retornar al pasado como si nada hubiese sucedido. Preguntas sin respuesta que Celia se guardaba para sí y no tenía intención de revelar a nadie, ni siquiera a su hermana.

A unos cien metros de donde ellas se encontraban, Álvaro Siurana tenía en mente otra clase de preocupación.

—Es que no cambiarás nunca —le recriminó a su amigo, con el rostro tenso.

Le exasperaba la impuntualidad de Nicolás, especialista en llegar tarde a todas partes. Este corría dos metros por detrás de él, colocándose las gafas de sol.

Dado que eran los últimos en llegar, se quedaron a una distancia prudencial para no llamar la atención. Julia, la madre de Álvaro, que había viajado con ellos desde Madrid, no tuvo tantos reparos y se acercó a saludar a un grupo de conocidos.

Los funerales dan pie a mucho saludo y más chismorreo. Así, muchas miradas se centraron en los dos hombres solos, elegantes y con tan buena planta. Se notaba que eran de los que cuidaban su apariencia. Ambos tenían los ojos verdes, como los gatos pardos, herencia de algún antepasado común. Pero el cabello castaño cortado a navaja de Álvaro Siurana contrastaba con el estilo informal del otro. Nicolás Román, rubio oscuro natural, lucía esas greñas descuidadas de diseño que cuestan una fortuna. No fue el físico de ambos el único motivo de tantos ojos curiosos. Tampoco era algo usual que un famoso se dejara caer por el pueblo, y Nicolás Román era un cocinero de prestigio con programa diario en una cadena privada de televisión.

Como el difunto dejó por escrito que nada de discursos, con mucha solemnidad los músicos de una rondalla, ataviados con galas mañas, se fueron colocando en primera fila con la Chata de Calanda a la cabeza. Bandurria y laúd rasgaron el primer acorde, porque don José María quiso volar al más allá al son de una jota baturra.

Mientras el chorro de voz de la Chata ponía los pelos de punta a todos los presentes, Álvaro buscó con la mirada a Celia Vega. La localizó al lado de su hermana, con ellas estaba el abuelo, y sus padres también.

Nicolás notó que su amigo —primo lejano, en realidad — miraba a Celia muy fijo, sin pestañear siquiera. Los tres

tenían mucho en común; entre otras cosas, eran los únicos ahijados del difunto don José María.

—¿Por qué no ha venido en el coche con nosotros? —preguntó Álvaro, con evidente resquemor, dado que Celia también vivía en Madrid.

—Ha venido desde Cartagena con sus padres —le explicó su amigo—. Recuerda que los colegios llevan casi un mes de vacaciones.

El argumento tenía su lógica, pero solo consiguió aumentar el enojo de Álvaro. Siempre habían sido inseparables los tres, desde niños. Conforme fueron creciendo, Celia y él habían compartido mucho más que amistad. Mucho, muchísimo más. Pero ahora le irritaba comprobar que Nico sabía más de ella que él.

—¿Habláis a menudo?

—Lo normal entre amigos —alegó—. Tú también hablas con ella, ¿o no?

Álvaro no respondió. Veía a Celia cada vez menos. En los últimos años se habían distanciado, y eso le dolía. Para colmo, saber que la relación entre ella y Nico seguía siendo íntima e igual de estrecha lo reconcomía más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—¿Por qué no me llama casi nunca? A lo mejor tú lo sabes —replicó a la defensiva.

Nico chasqueó la lengua. Dado que él era gay, celos no podían ser. Intuyó que Álvaro se sentía arrinconado y aquello sonaba a rabieta infantil.

—Agua que no has de beber, déjala correr —aconsejó Nicolás—. Ya oyes la jota.

Eso mismo decía la estrofa que en ese preciso momento cantaba la Chata de Calanda. Álvaro giró el rostro hacia él, muy serio.

—¿Y eso lo dices tú, que vives encadenado a un recuerdo? —contraatacó.

Nico le aguantó la mirada, pero Álvaro era terco y no solía dejarse vencer. Así que desvió la vista al frente y dio

por perdida la lucha visual.

—No estamos hablando de mí —sentenció, y señaló con la barbilla hacia la viña—. Y ahora, silencio.

A unos cien metros, entre las cepas, aguardaba un piro-técnico de renombre al que habían hecho acudir desde Valencia. Era especialista en ese tipo de funerales insólitos. Las cenizas del muerto se hallaban encerradas en una carcasa del tamaño de un balón. El experto encendió la mecha. Vino el silbido y todos miraron al cielo. El estruendo hizo temblar las hojas de vid y espantó a los pájaros.

Y como era su deseo, la brisa de tramontana se encargó de desintegrar a don José María sobre sus amadas hileras de viñas.

—¡Mecagüen...!

Nico se sacudió con aprensión los restos de cenizas fúnebres de la camisa negra de Armani. Álvaro mascullaba maldiciones a la vez que se golpeaba las mangas para desprender aquella asquerosidad de su traje hecho a medida.

Había llegado el momento de los saludos, y las hermanas Vega se acercaron a ellos, acompañadas de su abuelo.

—¿Pero a quién se le ocurre ponerse contra el viento? —los sermoneó este con una sonrisa burlona.

Con cara de grima, Nico y Álvaro continuaron sacudiéndose de encima al padrino pulverizado, a manotazo limpio.

El abuelo Cele rondaba los ochenta, pero gracias a una salud de hierro y al buen humor, aparentaba diez años menos de los que tenía. Los dos le estrecharon la mano. Susana y Celia intercambiaron besos con ellos. Después, las chicas se colgaron cada una de un brazo de su abuelo. El viejecillo era feliz presumiendo de nietas.

—¿Habéis visto qué par de soles?

Susana le besuqueó la mejilla, Celia le dio un achuchón y otro beso, ante la mirada divertida de los otros dos. El abuelo no era muy alto, apenas les llegaba al hombro a las

nietas. Lo mismo que a su mujer, fallecida seis años atrás. La abuela Pilar era rubia trigueña y de mocita tenía cuerpo de *vedette*. Según contaban, un empresario que paró en el pueblo por casualidad quiso llevársela a un cabaret del Paralelo de Barcelona para que hiciese carrera en el arte. Pero el padre de la muchacha, al enterarse de la propuesta, sacó la escopeta de postas de tirar al jabalí y puso al forastero en las lindes del pueblo en un visto y no visto.

Era una mujer de bandera la abuela Pilar. Con zapatos de medio tacón le sacaba a Cele un palmo. De jóvenes, los domingos la llevaba a tomar el aperitivo al bar de la plaza; él siempre un vermut, ella siempre una Mirinda. Y Cele la lucía orgulloso del bracete, como si quisiera decirle al mundo entero: «Esta es mi señora».

El hijo de Cele, padre de Celia y Susana, sacó la altura materna. Hijo único, al acabar la mili se reenganchó en el cuerpo de Infantería de Marina como cabo especialista y se casó con Rosita, su novia de toda la vida. Ahora era suboficial en la reserva. Desde que el abuelo enviudó vivía con ellos en Cartagena. Las nietas habían salido bien plantadas, como el padre y la abuela. Porque Rosita era guapa de cara, pero más bien bajita y tirando a culona.

Susana alzó la mano e hizo un gesto a sus padres para que se acercaran al corrillo. La pequeña de las hermanas vivía desde hacía casi un año en Tarabán. Trabajaba como enfermera en el centro de salud comarcal. Y eso tranquilizaba bastante a su madre, que se preocupaba por que a su suegro le tiraba mucho la tierra aragonesa y se empeñaba en pasar en el pueblo desde la primavera hasta bien entrado el otoño. Con ochenta años, la nuera no quería que viviese solo. Por suerte, ahora estaba allí Susana para cuidar de él.

Mientras Nico y el abuelo conversaban muy animados, Celia y Álvaro intercambiaron unas cuantas miradas. Él le guiñó un ojo y por fin obtuvo de ella la preciosa sonrisa que tan bien recordaba. Sintió un pellizco de alivio en el es-

tómago, porque echaba de menos la complicidad que siempre tuvo con Celia. Pero con tanta gente alrededor les fue imposible hablar de nada personal.

En un aparte, Rosita, la madre de las chicas, daba instrucciones a Susana para que vigilase las comidas del abuelo.

—Y que no fume —concluyó.

—A mí me quitas el tabaco, el vino con gaseosa y los huevos fritos con pan para mojar, ¡y ya me puedo morir! —protestaba su suegro.

—Mujer —intervino su hijo—, a estas edades ya da igual.

—¿Ya me estás mandando al cementerio? —replicó mirándolo indignadísimo.

Susana pasó el brazo por los hombros de su abuelo.

—¡Eso ni en broma! —objetó achuchándolo con unos cuantos besitos—. Tú tranquila, mamá, que yo cuida de él y él cuida de mí, ¿a que sí?

El hombre asintió la mar de contento.

Celia se acercó a él y se colgó de su brazo, con gesto posesivo.

—Ahora déjame a mí —exigió a su hermana—, que tú tienes al abuelo todos los días y yo hace tres meses que no lo veo.

Yendo de mano en mano, el octogenario se sentía feliz en vista de cómo sus nietas se desvivían por él. Celia miró a Álvaro.

—¿Vienes?

Con una breve sonrisa, Álvaro agradeció el detalle y acompañó al abuelo y la nieta mayor hacia la Casa Grande, donde habían preparado un refrigerio.

Susana los siguió acompañada de sus padres. Desde que vivía en Tarabán, la chica solo los veía cada dos meses, y los echaba de menos.

Nico se quedó algo rezagado porque lo retuvo la tía Reginín. Todos la llamaban tía aunque el grado de parentesco

con aquella mujer era bastante incierto. Se trataba de una anciana ricachona de Zaragoza, prima lejana del muerto. Había enterrado ya a dos maridos y solo se juntaba con la familia en bodas y funerales.

Al ver a su televisivo pariente, corrió a colgarse de su brazo.

—¿Qué me cuentas, Nicolasito?

—Pues ya ve, poca cosa.

—Te veo todos los días en ese programa. Pero qué bien te mueves en tu cocinita.

—¿Y salgo guapo? —dijo por decir.

Lo ponía nervioso aquella vieja que solo usaba diminutivos al hablar. Y encima, para dárselas de fina, lo hacía con un «ita» que sonaba extrañísimo en boca aragonesa.

—Huy, como si no lo supieras. Bien guapo que sales, ya lo creo. A mi asistenta la tienes enamoradita —agregó con una mirada zorruna—. ¿Y qué? ¿Tienes novia?

Nico arrugó el ceño. ¿Pero esa mujer aún no se había enterado de que a él las chicas no le iban en absoluto? Se mordió la lengua y negó con una sonrisa falsísima.

—Mira a la Susana —insistió la mujer, señalando a la pequeña de las hermanas Vega, que iba con sus padres unos metros delante de ellos—. Qué lista, qué buena chiquita y qué trabajadora. ¡Haríais muy buena parejita!

—No es mi tipo.

—¿Será posible? ¿Y puede saberse por qué?

Nico perdió la paciencia y decidió cortar por lo sano con un lenguaje que entendiese aquella cotilla.

—Pues, principalmente, porque no tiene pollita.

La esquivó y apretó el paso para poner distancia, mientras la mujer cavilaba y cavilaba qué habría querido decir aquel chico tan majo con aquello último.

Como agradecimiento y dado que muchos deudos llegaban desde lejos, tras los entierros era costumbre ofrecer

unas pastas y una copa de mistela o anís. Manuela la del mesón se había encargado de todo. Ella fue quien cuidó a don José María durante el último año, más por lástima que otra cosa.

El finado siempre fue hombre de trato difícil. Pero su declive comenzó cuatro años atrás, con la muerte de doña Paquita. No tuvieron hijos, y al enviudar se abandonó. La bodega, que tantos éxitos cosechara en el pasado, dejó de importarle. Despidió a los empleados —decisión que acabó de enemistarlo con medio pueblo—, cerró el lagar y se conformó con vender la uva a intermediarios que se encargaban también de vendimiar. Dejó de tratarse con la familia. A los parientes que iban a verlo no les abría la puerta, cuando no los echaba de la finca con cajas destempladas.

Nunca se supo muy bien de qué vivía. Unos decían que de rentas, otros que le tocó un lingote de oro en el sorteo de la Cruz Roja y que se lo ventiló en cuatro días en el puti-club que había en el cruce de la Venta del Pajarico. Cierto o no, la Wiskería Aladín cambió de nombre y desde aquellos días lucía en el tejado un esplendoroso Chema's Club en letras de neón.

En los últimos meses era Manuela, por compasión, quien le llevaba comida y cena a la casa. Una mañana lo encontró muerto en su cama. Se fue mientras dormía, más solo que la una. No fue un hombre querido. Con sus acciones se ganó a pulso el despego de toda su parentela. Quizá por eso, de entre todos los presentes en la Casa Grande que conversaban y se ponían al día entre bocado y trago, Manuela era la única con los ojos enrojecidos por el llanto. Le había tomado afecto al difunto. Sin ser familia suya, era ella quien más pésames recibía esa mañana.

Mientras los hombres hablaban en un corrillo, Julia, la madre de Álvaro, se acercó a saludar a las hermanas Vega y a la madre de estas. Hubo reparto de besos.

La madre de Álvaro había nacido en Madrid, pero al casarse se enamoró de la tierra del marido. Presumía de ser